Díaz-Plaja y la emoción de América: asombro ante las posibilidades idiomáticas del mundo trasatlántico

Jairo Alejandro Amaya Londoño

Guillermo Díaz-Plaja nació en Manresa el 24 de mayo de 1909, pero gran parte de su infancia y adolescencia transcurrieron entre Girona y Barcelona. Quizá, la crianza en el mediterráneo despertó en él un espíritu marinero y, tal vez, fue la literatura lo que influyó en mayor grado su vivo interés por conocer otras geografías. Fuera por un motivo, el otro o por ambos, lo importante es que su gran pasión siempre fue viajar. América fue un destino atractivo para él desde su infancia. En *Retrato de un Escritor* comenta que cuando era pequeño tenía varios tíos en el "nuevo continente" que le enviaban postales, y le permitían ver, e imaginar, con más viveza tierras remotas. Durante sus primeros años, oía en su casa las canciones que recordaban la Guerra de Cuba, lo cual rememora en uno de sus libros de memorias: «En la costa donde veraneábamos, lo "americano" era una realidad nostálgica permanente, bien visible en los muebles y litografías de las casas enriquecidas por el tráfico de los veleros que hacían la ruta del tasajo y del ron». (Díaz-Plaja, *Memoria de una Generación Destruida*, 1966: 34-35)

Durante el estío de 1933, un crucero universitario organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad de Madrid, le permitió, junto a otras decenas de compañeros que iban a bordo del vapor "Ciudad de Cádiz", conocer por primera vez tierras extranjeras. Díaz-Plaja escribió al respecto: «La verdad es que el crucero mediterráneo nos abrió el apetito de horizontes que, sin duda, llevábamos dentro» (1966: 107). Sin embargo, el autor quería proponer un itinerario más arriesgado, que llegara aún más lejos, y el "Crucero Trasatlántico", organizado en esta ocasión por la Universidad de Barcelona, cumplió con las medidas de su deseo. Díaz-Plaja recuerda con entusiasmo que «El itinerario era deslumbrador: Las Palmas, San Juan de Puerto Rico, Curaçao, La Guayra,

Barranquilla, Panamá, Puerto Limón, Puerto Barrios, La Habana y Nueva York» (1966: 109).

Este viaje le permitió admirar con sus propios ojos, y ya no a través de postales o de testimonios de familiares, amigos y escritores, algunas de las más hermosas playas del Caribe. Parece ser que los espacios latinoamericanos fueron siempre, para él, fuente de inspiración, de admiración y deleite. En el apartado "América y el Barroco", ensayo compilado en *Ensayos Escogidos* (1965), el escritor barcelonés intenta dar palabras a aquella admiración que sintió siempre por la inconmensurable geografía del continente. Sus fronteras, según se desprende del texto, sorprenden a los viajeros precisamente por la gran dimensión, la exuberancia y el color de los paisajes (Díaz-Plaja, 1965: 240). Para Díaz- Plaja, la tierra americana posee marcadas resonancias místicas que con el tiempo se experimentan como algo real. De ahí que haya pensado, como también lo hicieron Lezama Lima y Carpentier, que el barroco no es sino la raíz expresiva de las formas naturales de estos territorios.

Si este viaje fue importante para la formación intelectual de Díaz-Plaja porque le permitió descubrir otros paisajes, lo fue también, sobre todo, por el hecho de que le dio la posibilidad de darse cuenta de que el castellano de América le ofrecía posibilidades insospechadas. Gracias a este periplo pudo entregarse al diálogo con el continente que hablaba su mismo idioma pero con muy distintos registros. Díaz-Plaja afirmaba en *Memoria de una Generación Destruida* que: «La carencia de diálogo es una vieja lacra de la vida española. [...] dialogar, que no es lo mismo que enfrentar dos monólogos» (1966: 145), costumbre que según él cegaba a sus compatriotas. Esta actitud autocrítica le permitió reconocer los defectos de su cultura no para disminuirse, sino para conocerse mejor. Así mismo, le facilitó entender que: «Esta enfermedad española [la de la falta de diálogo] conduce a abismos tan pavorosos como el de llegar a imaginar que nuestra piel de toro está habitada por treinta millones de solitarios» (1966: 145). De esta manera, el escritor barcelonés se abrió camino para entender el idioma fuera de las barreras nacionales que había heredado. Pareciera ser que, más allá de los viajes y desplazamientos geográficos, lo que realmente le interesó a Díaz-Plaja fue hacer un viaje interior que le diera la opción de comprender cómo esas «modalidades psíquicas [...] establecidas por la formación histórica» (Díaz-Plaja,1970: 172) de una cultura, tan similar y, paradójicamente, tan diferente a la suya, se encarnaban en el idioma.

Pero me equivoco si he dado a entender que Díaz-Plaja valoró la calidad del castellano americano exclusivamente por la apreciación de su oralidad. Siendo apenas un adolescente que contaba con 15 o 16 años sintió una gran admiración por Rubén Darío, el capitán de los poetas modernistas, el inquieto viajero intelectual del que según Díaz-Plaja:

«en 1926 tenía ya redactado un trabajo [...], que con asombro y contento indecibles, conseguí ver publicado unos meses después (durante enero de 1927) en una colección de cuadernos que se publicaban en Madrid con el título de "Figuras de la Raza"» (Díaz- Plaja,1966: 80). De hecho, América fue tan importante en su formación como escritor que la lectura atenta del poeta nicaragüense le permitió acercarse de una manera más entrañable a su idioma materno. Del mismo modo que literatos de la altura de Blas de Otero, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, Díaz-Plaja supo valorar la potencia y la elegancia con que un poeta americano resucitaba una lengua que llevaba décadas adormecida. Un análisis más profundo de la obra de Rubén Darío con el paso del tiempo se convirtió en un libro extenso que en 1927, con apenas diecinueve años, llevó a la Sociedad General de Publicaciones de Barcelona. Periodo que recuerda: «Justamente [como] el año-clave para

mi personal conocimiento de un nuevo modo literario» (1966: 47). Tras publicar este libro en 1930 bajo el título de *Rubén Darío: la vida, la obra, notas críticas*, su estudio literario de juventud más famoso, Díaz-Plaja pudo costearse otros viajes y ser invitado a varias universidades hispanoparlantes.

Conoció todos los continentes y parte de su vida tuvo lugar fuera de España. Pero, América fue siempre su destino predilecto, mucho más visitado que cualquier otro, probablemente porque allí aunaba su gran pasión: la de viajar, con el idioma y la literatura. Gracias a estos desplazamientos el continente americano se volvió una constante dentro de su obra: escribió poemarios, ensayos y estudios críticos, entre otros textos de diversos géneros en los que trataba de, según sus propias palabras: «comprender, para siempre, la hermosa verdad de la lengua hermanadora» (1978:127).

Se sabe que realizó, según conteo propio, treinta y ocho viajes a América que le permitieron conocer su parte hispana cabalmente, desde Monterrey hasta Santiago de Chile (un poco más arriba —Sonora, en Méjico— y otro tanto más abajo —Cabo de Hornos, en Chile— , y , contando Bolivia, país que nunca visitó, le hubiera permitido decir que lo conoció de punta a punta). Pero lo esencial de estos viajes alrededor del Nuevo Mundo es que motivaron la escritura de varios textos muy interesantes en torno al castellano trasatlántico: *América Vibra en Mí*, un poemario sobre sus impresiones del nuevo continente, y algunas reflexiones en torno al discurso americano recogidas en textos como *Hispanoamérica en su Literatura*, «Casa de España» —un discurso— y *Al Filo del Novecientos: Estudios de Intercomunicación Hispánica,* entre otros.

Estos textos llaman la atención de sus lectores no solo porque su autor fuera español, sino porque lo es. Lo que se quiere decir es que después del *Boom* los elogios al castellano de América sobraban en España y el mundo, pero no era así con los que iban acompañados de una crítica hacia el propio uso del idioma (aquí la alusión está dirigida exclusivamente a los españoles). Una notable excepción fue Díaz-Plaja, quien, gracias a ser miembro numerario de la RAE de 1967 a 1984 escribió en una ocasión lo siguiente: «Nos conquista, en lo inmediato, la dulce suavidad de la palabra; la cadencia de "andante maestoso", la música demorada del vocablo que hace que, al regreso, el castellano peninsular se nos aparezca como puntiagudo» (Díaz-Plaja*,* 1978: 315). Este asombro frente al idioma que va más allá de cualquier nacionalismo nos permite ver más de cerca el carácter de un hombre que no está viciado por los valores autóctonos, sino que fija atención a lo que le enseña la realidad en lugar de fijarla en lo que le enseña la costumbre.

Es sabido que Díaz-Plaja también quiso entablar un diálogo dentro de España. Sus preocupaciones como escritor eran enormes porque se debatía entre el catalán y el castellano; si se revisa su bibliografía en seguida podrá observarse que escribió textos en cada uno de estos idiomas (*Papersd'identitat*y *Memorias de una Generación Destruida,* dos de sus obras autobiográficas son algunos de tantos ejemplos). También se desempeñó simultáneamente, esto en tiempos de Franco, como miembro de la Real Academia de BonesLletres y de la Real Academia de la Lengua Española. En este punto el conflicto tocaba fibras políticas que, sin embargo, supo sortear de la mejor manera para crear a través del lenguaje un espacio de tolerancia y unidad.

A Díaz-Plaja le gustaba pensar que era un constructor de puentes culturales, por eso procuraba siempre incluir a Cataluña y a España en una sola entidad. Para él era esencial que los españoles se plantearan las siguientes preguntas: « ¿cuándo se entenderá que España es una totalidad generosa y abarcadora? ¿Cuándo se explicará que la riqueza expresiva de cada región forma parte indeclinable del acervo que nos explica y que nos

construye a todos?» (Díaz-Plaja,1966: 151). Esto lo dice en sus memorias, pero incluso iba más allá, como se observa en algunos de los muchos textos pedagógicos que escribió y en los que reconoce que España posee cuatro lenguas diferentes, valiosas por igual: «En nuestra Patria, España, se hablan cuatro lenguas. Una, el vascuense, procede de los idiomas ibéricos que se hablaban antes de que España fuera dominada por los romanos. Los otros tres, proceden del latín, y se llaman castellano, catalán y gallego» (Díaz-Plaja, 1954: 17). Para el autor catalán, estos idiomas representaban gran parte de: «la riqueza espiritual de España. Todos […] eran igualmente españoles y en todos ellos se han escrito páginas gloriosas de las que debemos sentirnos orgullosos» (1954: 17).

Pero lo que me interesa en este trabajo es resaltar que el mismo afán integrador que lo llevó -primero como académico correspondiente y luego como académico numerario de la RAE- a difundir la corporación madrileña como un reducto de convivencia e independencia intelectual en medio de la rigidez política falangista, lo impulsó a pensar y a poner en su lugar, desde su patria y su obra, al castellano de América. En *Lengua y Literatura: Historia de la Literatura Universal y Española, Curso de Ampliación* (1954),libro escolar en que Díaz-Plaja reconoce la legitimidad de las cuatro lenguas ibéricas, el escritor también reconoce la legitimidad que posee el castellano americano. Haciendo uso de la ironía, Díaz-Plaja dirige unas palabras críticas hacia los sectores más miopes de su nación que creían que la lengua hispanoamericana debía regirse por los dictados de su parroquia, Castilla, en lugar de sopesar otra opción más pertinente: que el castellano americano, enriquecía como nunca antes el idioma oficial de España:

> Durante muchos años se ha seguido el criterio de considerar que las formas privativas del español de América debían ser rechazadas por incorrectas. Este criterio es perfectamente absurdo, como demostró en su día el ilustre filólogo Andrés Bello. (…) Reconociéndolo así, la Real Academia Española ha empezado a dar cabida en su diccionario oficial a los vocablos hispanohablantes o *americanismos*. Aparte de esto, entre la literatura de América y de España existe tal unidad espiritual, que los modelos pueden buscarse indistintamente en uno y otro hemisferio (1954: 16).

En este punto es necesario señalar que los textos anteriormente citados formaban parte de manuales orientados hacia la Enseñanza Media, con lo cual llama la atención, por ser extraordinario, el hecho de que nos encontremos frente a un intelectual que no solo escribía para la academia o para las personas interesadas en la alta crítica literaria, sino también para los estudiantes y profesores de instituto. De ahí que el papel de Díaz-Plaja como divulgador de una hermandad, no solo idiomática, sino también cultural entre América y España hubiera tenido un valor inestimable, pues esta no solo hallaba mérito en la profundidad de su razonamiento, sino también en la extensión de su mensaje. Sobra decir que estos manuales de Díaz-Plaja tuvieron una amplia difusión en España durante las décadas del cincuenta y del sesenta, y fueron muy utilizados en Hispanoamérica durante las mismas décadas.

De esta labor de enlace intercontinental que Díaz-Plaja encarnó podemos afirmar que fue más valiosa en tanto que no solo tuvo lugar desde España hacia América, sino también desde América hacia España. Fue un asiduo estudioso de Martí e impartió algunas conferencias en Cuba sobre el escritor isleño, país por el que sentía especial afecto y del que escribió lo siguiente:

> Lo diré con mi verso porque no puedo sustraer la emoción lírica en el recuerdo cubano, ya desde mi infancia. "*Flor sueño y machete*" que resonaban en los cantos guajiros que oía a mis padres. (…) Cuba era una fiesta, en la que la palabra viva, la belleza femenina, el resplandor del

paisaje, y el ingenio y la gracia abanderaban el aire" (Díaz-Plaja,*Retrato de un Escritor*, 1978: 318-319).

Con Cuba tuvo encuentros sucesivos que, a medida que se multiplicaban, se hacían más fructíferos porque aumentaba sus amistades y los contactos con profesores, críticos y poetas como Eugenio Florit o Dulce María Loynaz. Asimismo, escribió para la Academia Cubana en 1953 con ocasión del «Congreso de Escritores Martianos« un artículo académico titulado «Lenguaje verso y poesía en José Martí». En este texto, Díaz-Plaja analiza la relación entre Martí y el español, entre la herencia ibérica y los réditos que algunos exponentes literarios de América fabricaron con ella, pero más importante es que Díaz-Plaja fijase su atención en la movilidad y elegancia que Hispanoamérica ha venido aportando a lo largo de su historia al complejo sistema que es su lengua. El crítico barcelonés dice en este texto que: «Cuando Martí se refiere a la lengua que escribe, se complace en recordar, no solo el origen hispánico indiscutible, sino la común evolución y la pareja vitalidad de ambos lados del atlántico» (Díaz-Plaja,1953:618), y luego agrega: «En esto Martí, es un hispanoamericano total y decidido. El idioma debe aprovechar la raíz española, pero servirse de la riqueza y vitalidad del mundo nuevo» (1953: 621).

Por lo demás, resulta grato para un latinoamericano reconocer en un español el sentido de la justicia cuando este se refiere a la liberación, de cualquiera de los antiguos dominios de su patria, con entusiasmo. Más aún en un español de la generación del personaje que nos ocupa, porque no estaba tan lejos de la independencia de algunos territorios centroamericanos. Díaz-Plaja sabía que la misión libertadora de Martí, su razón de vida, consistía no en luchar contra España, sino en la absoluta voluntad de dar a Cuba su libertad. Por eso, en otro texto que escribió en 1955 llamado «Martí, admirador de Goya» Díaz-Plaja estudia el entusiasmo que despertaba en el poeta la obra del pintor español. Martí se identificaba con obras como *El Carnaval, El Manicomio, La corrida* o *La Tirana* y según el autor del estudio: «Lo que enamora a Martí, en Goya, es lo que el pintor le ofrece de documento sociológico» (Díaz-Plaja, 1955,4). Díaz-Plaja percibe la paradoja, no exenta de broma e irreverencia, de que un latinoamericano reconozca en un español cualidades que lo ayuden a romper sus cadenas. Así, rescata las palabras de Martí cuando pensaba en el famoso cuadro de Goya llamado *La Tirana*: «ésta [*La Tirana*] quema, pero así también amenaza cuando mira. Con todo el cuerpo reta. Se dará al amor, pero nada más que al amor. Y despedirá, sin apelación, cuando se canse» (1955: 5).

En 1953, se celebró en La Habana el centenario del nacimiento de José Martí. Díaz-Plaja fue el único español invitado al evento gracias a que publicó varios documentos sobre el poeta en los que lo elogiaba, hasta el punto de compararlo, en un artículo publicado en el periódico ABC, con Quevedo. Sin embargo, Martí había muerto bajo dominio ibérico hacía pocos años y el rencor hacia los españoles seguía encendido en la isla. Cuando llegó a la capital, el embajador español le dijo a Díaz-Plaja que temía por su seguridad. El escritor no le dio mayor importancia a la preocupación de su compatriota. Justo después de dar su presentación de rigor en la Mesa del Congreso ofreció al país un obsequio mucho más que inesperado. Trajo desde España fotocopias de todo el expediente académico de José Martí de la Universidad de Zaragoza. Ante esta sorpresa, pues el documento era absolutamente desconocido en la isla, a los cubanos no les quedó otra opción que aceptar de buen agrado a su invitado. Es más, en el transcurso del evento sus anfitriones le entregaron un Diploma a Díaz-Plaja en el que lo hacían Miembro de la Academia de Ciencias de La Habana y que le daba el título honorífico de Vicepresidente del Congreso.

«Yo diría que soy, […] un aprendiz de mirar. De ahí mi cultivo de la literatura de viajes» (Díaz-Plaja,1978:27), apuntó una vez el escritor, y, en efecto, escribió varios libros sobre el tema. Sin embargo, uno de los que más llama la atención fue un poemario, que ya fue mencionado, y que llegó a ser finalista en el concurso de la comunidad latinoamericana de escritores con motivo de los Juegos Olímpicos de México. El libro es *América Vibra en Mí*, y en él Díaz-Plaja poetiza sus pensamientos en torno al castellano trasatlántico. El poemario abre con estos versos:

Peregrinó mi ser al vasto mundo,
donde el sonoro castellano vibra,
con retorno incesante, necesario
mara medir la estela del prodigio.
He pisado, con pie ligero, su inmortal geografía
para poder decir:
"Lo he visto, es cierto".

(…)

He oído, venturoso de mí, la dulcificación de la palabra
en el sabroso decir de la lengua criolla,
resonante de voces del castellano antiguo,
donde suena el "Dios le guarde" de las gentes cristianas;
y he visto galopar el caballo de los Conquistadores.
Todo era cierto. La epopeya vivía
y su rastro está hecho de cien manos fraternas.
Mil luminosos paisajes construyen mi memoria.
Imágenes y sombras se agolpan en tumulto. (Díaz-Plaja, 1969: 9-10)

Seguramente no sea muy conocido el hecho de que Díaz-Plaja tiene un archivo. Este se encuentra ubicado en el Palacio Requesens en la Ciutat Vella de Barcelona. Nos interesa señalar que justo tras la cesión del archivo en el mes de junio del año 2006, por orden expresa del gran filólogo y medievalista español, Don Martín de Riquer, se dispuso que a la entrada de la biblioteca se ubicara la sección de literatura hispanoamericana. La disposición tuvo lugar porque el profesor de Riquer quería que los visitantes del archivo supieran desde su llegada el valor que Díaz-Plaja daba a las letras de Latinoamérica. En efecto, esta zona de la biblioteca posee una importante selección de literaturas hispanoamericanas, clasificada por países de procedencia, tanto en lo que se refiere a creación como a crítica y estudios literarios.

Lo anterior demuestra que Díaz-Plaja poseía una predisposición al diálogo ejemplar que le permitió establecer un vínculo entrañable con el lenguaje y, en especial, con la lengua española, tan querida en América. Este vínculo se fortaleció a medida que se hizo más asidua su interacción con el nuevo continente mediante el habla y la literatura. Llama la atención encontrar en su biblioteca varios textos de gramáticos latinoamericanos, como Miguel Antonio Caro o José Rufino Cuervo. De este último Díaz-Plaja leyó *El Castellano en América* y *El Lenguaje Bogotano* y a él se refiere en su poemario *América Vibra en Mí* como «Rufino Cuervo, Luz del idioma» (Díaz-Plaja, 1969: 60). Encontrar textos de estos autores en la biblioteca personal de Díaz-Plaja tal vez ayude a entender mejor la admiración

y encanto que despertaban en él las formas del español usadas en América, especialmente en Colombia, y la importancia que daba al buen uso y dominio intercontinental de su lengua materna.

> ¿Y qué diría de Colombia, [dice Díaz-Plaja] que blasona del mejor castellano de América? He descrito, con emoción, la sabana melancólica y el orgullo encastillado de Cartagena de Indias, que parece un Cádiz cálido y musical. Y allí he aprendido que como en España, el altiplano nace para mandar y los litorales para obedecer… y sonreir. Si Lima es la Universidad, Bogotá es la Academia. (…) Allí las gentes se preocupan por la palabra justa y bien sonante. Allí la cordialidad toma las maneras de la civilización. (Díaz-Plaja, 1978*:* 204)

Lo anterior demuestra cómo Guillermo Díaz-Plaja Contesti, desde diferentes géneros literarios, trató de penetrar y descifrar el sentido, la gracia y la complejidad de la lengua iberoamericana. Esto siempre con la intención de hermanar el espíritu de dos continentes que, a pesar de tener el mismo idioma aún se encuentran muy separados. Al respecto, Bolívar escribió lo siguiente en la famosa «Carta de Jamaica» (1815) mientras lideraba la Guerra de Independencia de la desafortunada Gran Colombia: «menos difícil es unir los dos continentes [América y Europa], que reconciliar los espíritus de ambos países [la Gran Colombia y España]» (Bolívar, 2009: 68). Afortunadamente, esa fractura poco a poco se ha venido enmendando y ha habido procesos que han facilitado la comunión entre Iberoamérica y España, por ejemplo la eliminación de la visa Schengen para colombianos y peruanos que tuvo efectos a finales del 2015, un tratado que entró en vigor doscientos años después de que Bolívar escribiera la carta previamente citada. En cualquier caso, no queda a ambas partes una opción más conveniente que dialogar para mejorar su relación; cosa posible, como lo demuestran la vida y obra de Díaz-Plaja, quien, entre otras cosas, advirtió lo siguiente: «todos los nacionalismos, los grandes y los chicos, padecen el grave peligro de desconocer el horizonte, entusiasmados como están en la contemplación de su propio ombligo» (1978*:* 175).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOLÍVAR, Simón. 2009. *Doctrina del Libertador.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.

DÍAZ-PLAJA CONTESTI, Guillermo. 1971. *Al filo del Novecientos: estudios de intercomunicación hispánica*, Editorial Planeta, Barcelona.

— 1969. *América vibra en mí*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

— 1978. *Retrato de un escritor.* Barcelona: Pomaire.

— 1970. "Casa de España" discurso, en *Memorias del Primer Congreso Hispanoamericano de Lexicografía*, Academia Puertorriqueña de la Lengua, San Juan de Puerto Rico.

— 1965. *Ensayos elegidos.* Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.

— 1970. *Hispanoamérica en su literatura*, Salvat Editores, Barcelona.

— 1954. *Lengua y Literatura: Historia de la literatura universal y española. Curso de ampliación*. Barcelona: La Espiga.

— 1953. "Lenguaje, verso y poesía en José Martí", en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, La Habana.

— 1955."Martí, admirador de Goya", en *Miscelánea de estudios dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos.* La Habana: [s.e.].

— 1966. *Memoria de una generación destruida*, Delos Aymá, Barcelona.

VALLEJO, Fernando. 2012. *El Cuervo Blanco*: Alfaguara.